

Una Novela en el Cine

por Sebastián Salazar Bondy

La literatura contemporánea —y simultáneamente el horizonte cultural del lector— se enriquece día a día con la contribución de los escritores procedentes de pueblos y naciones que solemos pensar como ajenos a nuestra lengua, nuestro mundo y nuestro espíritu. De pronto, nos damos con poetas como Nazim Hikmet, de Turquía, o con comediógrafos como Ian Caragiale, de Rumanía, que nos muestran que la poesía y el teatro también se revisten de grandeza cuando en cualquier lugar del orbe aparece un creador de talento, premioso de expresarse con un sentido universal sin traicionar por cierto su sustancia nativa. Entre las novelas últimamente traducidas al español, hay una que ofrece valores excepcionales y que constituye la revelación de un universo humano de alta intensidad patética. Su título en inglés —idioma en el que está escrita— es "Cry, the beloved country" ("Llora, amado país"), pero sus editores argentinos (Emecé Editores, Buenos Aires, 1951) han optado por el más directo y simple de "Tierra mártir". Su autor, Alan Paton, la escribió en Noruega, Suecia, Inglaterra y los Estados Unidos, en habitaciones de hoteles, durante un viaje de estudio que realizó visitando las instituciones penales de esos países. La acción de la historia transcurre, sin embargo, en Suráfrica, en el campo y en la capital, y su personaje central es Stephen Kumalo, un pastor protestante de raza negra, que vive una cruel odisea moral cuando va en busca de su hijo Jhon a Johannesburgo.

Fábula y testimonio

La fábula de esta novela, su argumento, es sencillo, no obstante las trescientas páginas que abarca: Kumalo va en pos de su hijo a la ciudad, a la que lo lleva también el deseo de socorrer a su hermana enferma, y allí, en contraposición a su aldea de Ixopo, se estrella con la causa fundamental de la descomposición que abruma al pueblo africano. Y he aquí el testimonio de la novela. El choque de las civilizaciones —la primitiva negra y la occidental—, la lucha de las razas, la oposición de las clases, la sorda contienda entre la riqueza y la miseria, son yescas en las que se producen la esclavitud, el crimen, la intolerancia y, por qué no decirlo, la revolución. El hecho de que el hijo del pastor se convierta en asesino, precisamente de quien es defensor de la raza oprimida, es en realidad una anécdota. A partir de allí es que el escritor nos ofrece el panorama de una sociedad en crisis, de una catástrofe social que estalla por debajo del adelanto material y la prosperidad que esplenden en la capital sudafricana. Prostitución, alcoholismo, enfermedad, raquitismo, abandono moral, vivienda insalubre, todos los males públicos se incuban por debajo del abismo económico que separa a la gran clase dirigente de la multitud discriminada, extorcionada, vencida y no auxiliada. Caso muy semejante al de nuestros países, al de muchos países del mundo moderno.

Suráfrica y Suramérica

Para quienes en nuestro hemisferio se interesan por los hechos profundos que se dan en la vida de estas comunidades, la novela de Paton es, prácticamente, una versión aleccionadora de un proceso que no nos es extraño. Reemplazando nombres propios y haciendo de los negros nuestros indios, poco será lo que consideremos exótico. Aquellas colinas, esos valles, dichas aldeas campesinas, sus gentes humildes y senceras, que aceptan como una fatalidad la situación servil, recuerdan vivamente nuestros pueblos y hombres serranos. Y Johannesburgo, bullente de fragor, inquieta y hormigueante, gigantesca en su sector comercial y mezquina en sus barriadas populares y clandestinas, donde se hacinan los parias del deshecho social, evoca cualquier capital de nuestro continente. Las tierras vírgenes y las tierras exhaustas, las regiones que el pie del hombre no ha osado hollar y aquellas que han sido abandonadas porque ha muerto la fuente de trabajo que le daba vida, aparecen como familiares, como cercanas. Sudáfrica se ofrece así, pintada con rasgos realistas y colores vivientes, como un estadio cultural muy parecido al que atraviesa, con sus propios matices, Suramérica. Aparte de sus méritos novelísticos, "Tierra mártir" nos es útil como advertencia, como modelo, como premonición. El público latinoamericano se sentirá llamado por estas páginas de desgarradora resonancia.

En el Cine

"Llora, amado país" ha sido filmada y hoy el Cine Club de Lima la proyecta para sus socios. La película, como la novela, viene precedida del elogio de la crítica más exigente. Un conjunto extraordinario de actores —encabezado por el actor norteamericano de color Canada Lee—, supervigilado por el propio Alan Paton, ha interpretado los personajes de esta obra cuya consistencia realista se adecúa bien al lenguaje de imágenes del arte cinematográfico. La suave y heroica figurua del Reverendo Kumalo, que se impone en la narración como la de un cristiano de hondas convicciones, de paciente estoicismo y recóndita esperanza en la conquista de la tierra prometida, ha de surgir en la pantalla con esos rasgos místicos y, al mismo tiempo, humanos con que su creador lo impone en la novela. Sus últimas palabras, plenas de amor, tocarán el corazón de los espectadores con la fuerza de la plena espiritualidad: "Sí, ha amanecido ya... como siempre a través de mil siglos, sin saltar un solo día. Pero cuando llegará ese amanecer, el ama-

necer de nuestra emancipación, del temor a la esclavitud y de la esclavitud al temor... eso es un misterio".

* * *